

los límites de la decencia; la joven se calló, después el rubor le salió al rostro, y sin poder contenerse, exclamó con acento digno y enérgico:

—Sepan ustedes, de una vez para siempre, que este distintivo permanecerá siempre en mi pecho, y que de hoy en adelante lo llevaré con mayor orgullo que nunca, por haber merecido su desprecio. Y sepan, además, que me honro también mucho con la injusta guerra que me han declarado. Continúen ustedes, pues, en su actitud caballeresca con una pobre mujer indefensa. Sólo quiero rogarles dos cosas: que cuando hablen de libertad de conciencia, recuerden la manera cómo han tratado á su compañera de profesión. Y cuando quieran juzgarse á sí mismos, piensen en lo que harían si yo fuese hombre y me condujese con sus hermanas como ustedes lo hacen conmigo.

Á estas palabras, pronunciadas con una dignidad de reina ultrajada, que añadía un esplendor más al rostro de la *colega con faldas*, nuestros héroes se hicieron los tontos. Ida se puso á trabajar.

Al salir de la oficina, donde aquella noche había quedado de guardia Ida, uno de los cuatro telegrafistas dijo á los tres restantes:

—Hoy el *colega con faldas* nos ha dado una soberbia lección.

Y añadió otro:

—Y lo peor del caso es que tuvo razón.

El tercero añadió, alzando los hombros:

—Después de tirarnos de las orejas moralmente, ya no le falta más que pegarnos materialmente.

El último se calló y siguió pensativo. Aquella escena le había conmovido. Pronto sabremos por qué.



### XIII

#### Cuerpo á cuerpo.

UNA mañana mientras Ida, que á la sazón estaba libre de servicio, se ocupaba en arreglar algunas ropitas para los niños de una pobre mujer abandonada por su marido, fué llamada al teléfono de parte de la Condesa, rogándole que acudiese á verla en el acto.

Apenas llegó á casa de la señora ésta la abrazó diciéndola:

—Hija mía, quiero confiar á usted una empresa bastante escabrosa para la que se necesita un ánimo viril. Por eso he pensado en usted. Se trata de libertar á una pobre joven de la esclavitud más infame y de volverla á la vida.

—Con tal de que ella se quiera salvar.

—De eso no hay duda. En la calle de Granchí, núm. 5, hay una casa maldita, casa de escándalo y de abominación, dirigida por aquella furia del infierno que en el Congreso feminista ha blasfemado de la Santa Virgen, haciendo una proposición de que se avergonzarían, si fueran capaces de ello, hasta los tigres. Hace pocos días entró en esa casa un joven oficial educado cristianamente en un colegio, pero extraviado por la vida militar, viéndose delante de una joven que arrojándose á sus pies, y derramando copiosas lágrimas le rogó por el amor de Dios que la libertase de aquel infierno, pagando por ella 300 francos, canti-

dad que la tenía encadenada á su tirana. Salió el joven horro-  
rizado de aquel ergástulo infame, abominando de la brutal hi-  
pocresía, de la falsa civilización, que delira por la libertad y  
mantiene la más torpe esclavitud con la trata de blancas y con-  
tó el hecho á una tía suya. Ésta apenas lo supo mandó la suma  
de 300 francos á nuestra *Alianza femenina* para que con ella  
se rescatase la libertad de esa infeliz.

—Pero advierto, añadió la Condesa, después de haberla ex-  
puesto su propósito, que para desempeñar su misión tendrá que  
armarse de paciencia y de energía. Si se oponen á sus deseos,  
amenácelas usted con dar parte del hecho á la policía... Vaya,  
pues, como Tobías, acompañado de su ángel bueno, á libertar  
á la nueva Sara de los demonios que la oprimen y después con-  
dúzcala aquí, para ponerla fuera de peligro.

Aun cuando trataba de mostrarse tranquila Ida, sentía que el  
corazón se le saltaba del pecho, nada más que ante la repug-  
nancia de entrar en aquella casa infame. Pero el ansia de  
arrancar á una pobre víctima del martirio la hizo vencer todó  
escrúpulo y sin detenerse un momento marchó velozmente ha-  
cia aquella cloaca fétida y obscena, infundiéndole un valor su-  
perior á su índole y á su sexo.

Cuando estuvo á la puerta apretó el botón eléctrico y aque-  
lla se abrió delante de una escalera, á cuyo término se mostra-  
ba una vieja de rostro escuálido y llena de granos y prominencias,  
que podía servir como modelo para el estudio de la oro-  
grafía.

Miró la bruja con ojos de hiena á la hermosa Ida, y con voz  
cascada le preguntó:

—¿Qué desea?

— Quisiera hablar con la comadrona.

— ¡Entendido! ¡Pobre palomita! Será servida.

Ida estuvo á punto de protestar, pero se contuvo y entró en  
una antecámara en medio de la cual había un gran diván circu-

lar como los que se encuentran en los museos, donde se veían  
esparcidos algunos albums. Abrió uno de ellos, pero pronto  
tuvo que cerrarlo horrorizada: alzó los ojos á las paredes y tuvo  
que bajarlos pronto ante las figuras que había por todas partes.

Por fin se entreabrió una puerta lateral y apareció la dueña.  
La comadrona la saludó inclinando la cabeza, sonriendo iróni-  
camente. Después la examinó de pies á cabeza, pero apenas  
vió sobre su pecho la escarapela azul, arrugó la frente, apretó  
los labios y le dijo con acento seco:

—Estoy á sus órdenes. Hable, pues.

—¿Vive aquí una joven que se llama Giannina Maglioni?

—Pudiera ser.

—Lo sé de cierto.

—¿Acaso las *veloces* meten las narices hasta en el despacho  
de la policía?

A estas palabras Ida enrojeció; pero advirtiéndole que se la  
provocaba para hacerla perder la serenidad y ponerla en la  
puerta, se contuvo y se satisfizo con mirar á su interlocutora y  
decirla con mucha flema:

—No quiero hacer caso de ciertas palabras. Conque, dejemos  
lo accesorio y volvamos á lo importante. ¿Usted tiene en su  
casa á una joven llamada Giannina Maglioni que le debe 300  
francos, no es cierto?

—También pudiera ser verdad eso; pero no tengo necesidad  
de dar razón ni de mis créditos ni de los débitos ajenos. ¿Pre-  
tende usted hacerme un examen de conciencia ó la revisión de  
las cuentas?

—Perdone usted; yo no pido cuenta de nada; basta con que  
sepa que sólo he venido aquí para pagar el débito y poner en  
libertad á la deudora.

A esta intimación, la comadrona, en vez de estallar, dijo con  
afectada malignidad:

—Tenga usted cuidado con el paso que se propone dar; por-

que pudiera arrepentirse. ¿Acaso la agradaría á usted verse vigilada por ciertas personas que no gozan de sus simpatías?

—Á mí no me importa ningún género de vigilancia.

—Pues á mí sí.

—Eso es cuestión de temperamento.

—¿Luego usted sabe que me deben 300 francos?

—Claro.

—Entonces también sabrá quién se lo ha dicho.

—Naturalmente.

—Pues deseo conocer el nombre de esa persona.

—No puedo decirlo.

—Pues bien, ya que sabe usted lo que pasa en mi casa, pague los 300 francos, aunque no se me debe nada. En cuanto á poner en libertad á la deudora, añadió en tono de burla, era preciso que estuviese presa para poderlo hacer.

—Ya que está libre, mándele usted venir á mi presencia y haga además el favor de entregarme el recibo firmado por ella.

—¿Y si la joven, por el hecho mismo de que es libre en absoluto, no quisiera irse?

—Pues que ella me lo diga con sus propios labios y me retiraré, pidiendo á usted perdón por haberla molestado.

La astuta mujer, advirtió que iba á perder la partida; por eso cambió de registro y alzándose como una víbora gritó, con un relámpago siniestro en los ojos, y poniéndose más lívida de lo que lo estaba habitualmente:

—¡Basta! ¿A qué juego jugamos? No quiero ni espías ni polizontes en mi casa. ¿Ha comprendido usted?... Si no tiene más que decirme, ya hemos concluído y aquella es la puerta.

Ida permaneció silenciosa durante algunos momentos. Y después replicó fríamente:

—¿Prefiere usted que vuelva dentro de poco con la policía?

En vez de enfurecerse, como Ida esperaba, aquella víbora venenosa se mantuvo callada, mirándola con ojos terribles; como

si no la creyera capaz de tanta audacia, le dijo con acento de compasión, mezclado de desprecio.

—¿Con la policía? ¿Con la policía? ¡Desgraciada!

Luego con voz profunda y cavernosa, cerrando los puños como si quisiera estrangular á la joven añadió mirándola ferozmente, y apretando los dientes como una verdadera furia del infierno:

—¿Pero no sabe usted que está sola en mi casa, que nos hallamos sin testigos y que se encuentra en mi poder y á merced de mi voluntad?

Tan terrible fué el tono con que pronunció esta amenaza, que Ida se levantó dispuesta á defenderse. Por más que no dejaba de comprender que aquellas amenazas no tenían más objeto que intimidarla.

Era tímida y sensible como la mayor parte de las mujeres, pero á la vez de carácter generoso é impávido. Hizo frente, pues, á aquel lenguaje abominable, por venir de una mujer de tal calaña, en la cual sólo veía á una vulgar comedianta, pronta á adoptar los tonos trágicos para realizar su perfidia.

Se mantuvo, por lo tanto, tranquila é impasible, diciéndole reposadamente con una sonrisa glacial:

—¿De modo que no quiere dejar libre á la Maglioni, aun cuando se pague su deuda?

La comadrona arrugó siniestramente el entrecejo sin responder. Ida añadió con resolución:

—Entonces no me resta más que hacerla salir de aquí con e auxilio de las leyes.

Y se encaminó hacia la puerta sin mirar á la comadrona.

Pero ésta de un salto se puso enfrente de ella, y agarrándola con fuerza por los hombros, la empujó hacia atrás y la hizo sentar de nuevo, gritándole enfurecida:

—Aquí estarás hasta que yo te de permiso para salir, maldécida.

Esta vez Ida se estremeció de espanto; pero también volvió á reponerse y hasta tuvo el valor de mostrar la mayor indiferencia, mirando á su enemiga con el desprecio más absoluto. Parecía que aguardaba con indiferencia el término de aquella vulgar comedia.

Ante tal firmeza, la arpía empezó á perder terreno y á vacilar... Pero por eso mismo experimentó mayor ira que nunca, y colocándose delante de Ida, semejante al guerrero que depone las armas para rendir al enemigo con mayor seguridad, replicó con un tono de voz lleno de amenazas:

—Fíjate bien en lo que voy á decirte. La Giannina Maglioni es tuya; puedes llevártela cuando quieras. Pero hoy comienza mi venganza. Continúa, pues tu misión de *veloz*, aunque yo te aseguro que no correrás tanto que te escapes de mis garras. Cuando caigas herida por alguna mano invisible, ten presente que el golpe ha sido dirigido por mí y acuérdate de este día y de este lugar.

Ida se mantuvo imperturbable en su indiferencia y en su silencio, porque no era capaz de ceder ante aquella amenaza, por más que ahora comprendía que la rencorosa mujer hablaba de veras, y que se vengaría cuando pudiera hacerlo sin daño propio ni de su industria.

Después de decir las anteriores palabras, aquel tigre recobró su fiema y dijo con la mayor calma:

—Ahora que nos hemos entendido, podemos concluir el asunto. ¿Desea usted que deje en libertad á la Maglioni y está dispuesta á pagar en el acto los 300 francos que me adeuda?

—Sí.

—Esta bien. Aguarde un momento.

Tiró del cordón de la campanilla y un momento después apareció la vieja.

—Dile á la del número 3, que venga en seguida vestida como entró aquí.

La vieja desapareció, y la comadrona salió también por la

puerta por donde había entrado, volviendo á los pocos momentos con una carta en la mano.

—Aquí está el recibo, dijo.

Ida leyó atentamente aquella carta que parecía escrita por una vieja, de tal modo la escritura era vacilante é incierta y estuvo contemplando la carta muchas veces para dar tiempo á que saliese la joven para entregar el dinero. La comadrona, impacientemente, se apresuró á ir en busca suya.

Al cabo de diez minutos volvió á aparecer acompañada de una joven, vestida de aldeana. Tenía los ojos llenos de lágrimas, el rostro pálido, el paso incierto, esforzándose en vencer el temor que se transparentaba en toda su persona. Era muy alta de estatura, el rostro lleno y ovalado, los cabellos rubios como el oro, los ojos grandes y rasgados. Todo, en suma, contrastaba singularmente con su vestido de aldeana y que la hacía asemejarse á una princesa disfrazada.

La pobre joven miró en torno suyo dolorida y angustiada, fijando los ojos en Ida como si quisiese penetrar en lo más hondo de sus pensamientos.

Pero ésta la sacó de su contemplación mostrándole la carta que tenía en la mano.

—¿Esta firma es de usted? le preguntó.

—Sí, señora.

—Está bien.

Entonces sacó tres billetes de 100 liras que entregó á la comadrona, diciendo á la joven:

—Venga usted conmigo y lo sabrá todo.

Apenas recibió el dinero la comadrona volvió las espaldas y se fué sin decir palabra.

Ida cogió por la mano á la presa rescatada, que temblaba de terror y la sacó de aquel antro maldito.

Quando llegaron á la escalera, la vieja murmuró en voz bastante alta, al abrirles la puerta.

—Que el diablo os lleve en su compañía.

—El Señor tenga piedad de tu alma, vieja desgraciada, respondió Ida.

Cuando estuvieron en la calle, encontraron un coche que las aguardaba por orden de la Condesa. Apenas llegadas al palacio, la Condesa, que estaba esperando á Ida, se apresuró á abrazarla.

La pobre Maglioni no cesaba de besar la mano á la una y á la otra, bañándose de lágrimas y sollozando como una niña que hubiese encontrado á su madre después de larga ausencia.

Cuando se hubo calmado un tanto su emoción, narró á sus dos salvadoras la historia lúgubre y dolorosa de su vida.



#### XIV

##### La presa recobrada.

VENIDA desde el campo á la ciudad con el propósito de entrar á servir en alguna casa de buena familia, Giannina se dirigió á una agencia de colocaciones, donde su mala suerte la hizo tropezar con la famosa comadrona, la cual empezó por pintarle con los más negros colores la dificultad de encontrar servicio honrado y seguro en una ciudad como aquella, donde tantas jóvenes incautas naufragaban miserablemente, por estar expuestas, sin apoyo y sin defensa, á los mil peligros de la vida ciudadana. Después de asustarla y de observar que la pobre joven era inocente como una paloma, toda fe, piedad y pudor cristiano, añadió con un falso tono de unción ascética:

—Da gracias á la Virgen porque te has encontrado con personas honradas y religiosas; de otro modo no tardarías en volver á casa con una reputación dudosa, ó quedarte en la ciudad como una mujer perdida. Yo tengo mucho en que pensar y no debería dejarme vencer por los sentimientos del corazón. Pero en fin, veamos: ¿Cuentas en la ciudad con alguna persona que te dé asilo hasta que encuentres colocación?

—No, con nadie. Me han dicho que siendo joven y robusta

no tardaría en encontrar colocación como criada ó niñera... Traigo buenos informes.

—Veámoslos.

Sí, el párroco, el médico y el alcalde dan los mejores informes... Mire usted, dijo mostrándoselos al agente. Hay que ayudar á esta pobre joven.

El agente alzó los hombros; pero la comadrona volvió á insistir.

—¿No hay colocación para ella?

—Por ahora, no... Quizás dentro de poco.

—Pobrecilla, replicó la astuta mujer mirándola con ojos de compasión. ¿Quieres volver á tu país?

La joven hizo una señal negativa con la cabeza.

—Pues bien, añadió la comadrona después de unos momentos de reflexión y de lanzar un largo suspiro, hagamos este nuevo sacrificio por amor de Dios. Si quieres, ven á mi casa hasta que encuentres acomodo. También yo soy madre y siento compasión por tu estado.

La muchacha cayó en la red y no tardó en verse expuesta á las insidias y á los asaltos de los libertinos de profesión, donde los verdugos de la lujuria acaban siempre por vencer la resistencia de las propias víctimas.

Al principio fué tentada con todos los halagos de la seducción, adulada y admirada por su extraordinaria belleza; le dijeron que si se vestía mejor podía llegar á entrar en casa de alguna princesa, y que no vacilase en hacerlo ya que de la primera impresión dependía todo.

Viendo que ante esta proporción la muchacha bajaba los ojos y se ruborizaba, confesando tristemente su inocencia, la comadrona la propuso que lo hiciera con recibo para los primeros gastos, que después le pagaría cómodamente con un tanto cada mes sobre sus salarios.

Pero la princesa á quien debía servir no acababa de presen-

tarse; sin embargo, según la decían, no tardaría en ofrecerse otra buena colocación. Mientras tanto se vió obligada á firmar un segundo recibo por los alimentos y el alojamiento en aquella casa donde la trataban como á una señora para quitarle el aspecto lugareño y darle un aire de ciudadana, menos vulgar que el suyo propio.

Un día la pobre joven se sintió tan mal que tuvo necesidad de guardar cama, con vértigos y fiebre. Le parecía tener un círculo de fuego en torno de la cabeza. La comadrona fué á la cabecera de su lecho; llamó al mejor médico de la ciudad, un famoso profesor que la curó en pocos días.

Entonces para simplificar las cosas y hacer con todos los gastos una cuenta sola, la comadrona declaró que todo el débito ascendía á trescientos francos, y rompiendo los dos primeros recibos le hizo firmar uno nuevo.

La infeliz aldeana se quedó aterrada ante aquella enorme cifra, y con lágrimas en los ojos, se preguntaba tímidamente:

—¿Cómo podré yo pagar esa suma?

Y la respuesta fué una ojeada tan terrible, que heló su sangre en las venas. Tomó, pues, la pluma y con mano trémula puso su nombre sobre el recibo total.

Desde aquel día todo cambió en torno suyo.

Hasta entonces había permanecido apartada de toda comunicación con las demás compañeras en una habitación reservada, donde nada pudo ver que diese que sospechar á una persona honesta y religiosa. Pasaba el tiempo en coser, en remendar y planchar ropa blanca; podía salir é ir á la iglesia, aunque siempre acompañada de la comadrona.

En cambio ahora ésta había desaparecido y durante varios días no pudo verla. Vino á visitarla otra persona, á quien antes no había visto nunca, que dijo ser la directora del asilo, encargada de admitirla para hacer vida común con las otras compañeras.

Al principio la inocente Giannina no comprendió el significado de semejante proposición, si bien el aspecto de aquella mujer, y la sonrisa siniestra que tenía en los labios, le había producido un sentimiento de terror y de indecible repugnancia.

Pero la explicación llegó pronto, completa, cínica, brutal.

Le fué comunicado el nuevo orden de vida y se le repitió muchas veces, que toda resistencia no sólo resultaría inútil, sino que empeoraría su situación.

Entonces la pobrecilla vió todo el horrible abismo en que había caído. Lágrimas, súplicas y convulsiones no tuvieron otro efecto que el de verse tratada con mayor severidad y crueldad. Para *domesticarla* fué puesta bajo la dirección de la más perdida de sus compañeras y atormentada con obstinación y ferocidad diabólica. Tuvo ímpetus de delirio, accesos de desesperación y de furor, en los cuales hubiera apelado á la muerte sino hubiera tenido miedo del infierno.

Calmada algún tanto aquella terrible agitación, producida por la revelación de la esclavitud infame á que estaba condenada, la infeliz joven empezó á reflexionar seriamente sobre su estado y resolvió con firmeza dos cosas: defender su honestidad contra todas las asechanzas y emplear todo género de esfuerzos para salir de aquel infierno.

Adoptó, por lo tanto, en su trato un tono serio y desconfiado; se encerró en un mutismo estudiado y casi absoluto, dejando pasar en silencio todas las burlas, todos los insultos de su tirana. Concentró todos sus pensamientos en buscar la manera de despedazar aquella infame cadena, de recobrar la libertad, de salir para siempre de esta casa maldita.

Pensar que habían de ayudarle en ello las personas de fuera, era una locura, no sólo porque á nadie conocía, sino por la rigurosa vigilancia á que se veía sometida continuamente.

Luego debía de intentar la empresa por sí sola, y era preciso hacerlo con la mayor destreza para evitar un fracaso.

Después de dar vueltas á esta idea en su pobre cerebro al fin le pareció que un día la Providencia le señalaba un camino seguro de salvación.

El camaranchón donde ella dormía con algunas otras compañeras, estaba al mismo nivel de una casita, cuyas ventanas daban sobre un patio interior, defendido por un muro alto que corría á lo largo de una callejuela, situada en la parte opuesta hacia el campo, y por eso poco frecuentada tanto por el día como por la noche.

Ocurrió aquel día que los albañiles, que estaban ocupados en restaurar el muro por la parte interior, dejaron al cesar en el trabajo, una escala adosada al muro.

No tardó en advertirlo. Examinó y comprendió que saliendo por la noche y apoderándose de la escala podía descender hasta la calle con facilidad. No le faltaban fuerzas para ello porque estaba familiarizada con los trabajos fatigosos del campo, ni se preocupaba tampoco en las consecuencias de su fuga con tal de verse en libertad.

Aquella noche, una vez resuelta á huir, estuvo inmóvil en su lecho fingiendo dormir profundamente.

Cuando oyó dar las tres en un reloj vecino se puso en pie con gran precaución, procurando por contener los latidos de su corazón que parecía querer salir del pecho. Se vistió de prisa, abrió la ventana, y deslizándose por ella se dejó caer al suelo, encontrándose en el patio.

Con el débil fulgor de las estrellas, trató inútilmente de descubrir la escala que se encontraba adosada al muro y con espanto indecible vió que estaba tendida á lo largo del patio.

Ante aquel obstáculo inesperado, Giannina se sintió desfallecer; pero no por ello perdió su serenidad. Tomó la escala por un extremo, la alzó sobre su cabeza, esforzándose en ponerla recta.

En este momento oye abrirse una puerta y vé avanzar una

sombra en el patio. A su vista Giannina siente aumentar sus fuerzas y con impulso sobrehumano pone en pie la escalera, la adosa al muro y empieza á subir por ella.

Pero una mano de hierro la coge por detrás y una voz terrible le dice friamente:

—¡Desvergonzada! ¿No sabes que no se sale de aquí sino después de concluir el servicio como los soldados?

El que así hablaba era el más fiel vigilante de la comadrona, el que estaba siempre alerta para ayudar y defender la comunidad en caso de peligro. Él era quien había quitado la escala del muro.

La pobre Giannina no opuso la más leve resistencia; no dijo tampoco una palabra y se dejó conducir á la infame casa como un cordero que va al mercado ó al matadero, mientras el cancerbero decía con aire maligno:

—¡Ahora verás lo que te sucede! Yo te aseguro que esos arrebatos de loca te van á salir para siempre de la cabeza.

Se la encerró en una habitación interior que no recibía el aire más que por el ventanillo de la puerta y no se le dió más alimento que pan, agua y aguardiente...

Al llegar á este punto de la narración la infeliz fué acometida de un espasmo de angustia, y llorando de desesperación, preguntó á sus dos salvadores.

—¿Me perdonarán las señoras como á la Magdalena?

—Has hecho bien en recordarla, dijo gravemente la Condesa, poniéndole la mano sobre la cabeza, porque el Señor te ha perdonado como á ella. Hoy mismo entrarás en lugar donde podrás imitarla en la penitencia.

Antes de la noche la nueva Magdalena era recibida entre las asiladas del Buen Pastor.

Ida fué á la oficina más consolada que antes mientras la comadrona urdía ya el hilo de su venganza.



## XV

### La bodega del diablo.

EN una modesta aldea del suburbio habitaban solas, hacía ya mucho tiempo, una vieja señora y su criada, que aunque también entrada en años, no contaba tantos como su ama.

Esta última, siempre vestida de negro, y con un espeso velo sobre el rostro, que apenas ocultaba su espesa cabellera blanca, sólo salía de casa para ir á la primera misa. La doméstica, además de ir á misa, salía para los quehaceres cotidianos.

Nadie las había visto confesar, ni á una ni á otra; pero las comadres de la vecindad decían que una vez la *secretaria de la bruja*, es decir, la criada había estado largas horas en el confesonario de la iglesia de las Capuchinas, aunque sin llegar á recibir la comunión.

Las celosías de la casita donde ambas vivían estaban siempre cerradas á piedra y lodo como suele decirse; y las dos huían del trato de las gentes del pueblo, que como es de rigor hacían sobre ellas los más extraños comentarios.

No obstante, las visitas no faltaban en la misteriosa casita, especialmente en ciertas épocas del año; en Carnaval, en Mayo, en Pascuas, en el primero de Año, era tal el concurso de visitantes que formaban una larga procesión. Las visitas se componían de señoras y señoritas que llegaban en tranvía ó en co-